

El Viaje



SEPTIEMBRE en el PARQUE

PRIMERAMENTE se llamó la Pampilla y en ese terreno eriazos realizaban marchas y contramarchas los cívicos de Portales luciendo su uniforme blanco y negro. Después se transformó en el Campo de Marte donde el general Körner presentó en revistas memorables a sus escuadrones y compañías entrenados y equipados a la prusiana.

Los cascos brillantes de puntas de acero reverberaban al sol de septiembre en medio de la euforia patriótica de nuestros abuelos que lo mismo que hoy con la vieja devoción del chileno iban al parque a celebrar las fiestas patrias con vino, cueca y guitarra.

El parque en septiembre es el sitio chileno y alegre,

porque en él se vacía el entusiasmo popular como un mar estruendoso y agitado por mil olas tricolores.

Y esto no es nuevo. En tiempos de Portales, el pueblo iba a ver desfilar a los cívicos, después a las huestes "prusianas" del general Körner y ahora a las bizarras unidades de tierra, mar y cielo.

Ha pasado el tiempo y nada más, pero el entusiasmo es el mismo. Es cierto que los uniformes han cambiado y que los abuelos duermen desde hace tiempo el pacífico sueño de la eternidad, sin embargo, los soldados de Chile siguen desfilando bajo la bandera de la estrella solitaria; son los nietos, pero lo hacen con igual bizarría que los fieros centauros del pasado.

El pueblo por su parte continúa en las fiestas septembrinas alzando el clásico cacho de chicha o vino en homenaje a la patria, junto a la fonda embanderada lo mismo que las chinganas y ramadas de otro tiempo.

La cueca se mantiene y triunfa como ayer, como hoy y como tendrá que triunfar mañana, porque el baile nacional es la mejor expresión del alma popular.

Los viejos la llamaban zamacueca que si no era la misma cueca de hoy era su madre o por lo menos su pariente cercana. La danza, esta misma danza, interpreta el alma del pueblo y sus pasos y vueltas están llenos de suspiros, de deseos, de penas y de agravios. La cueca traduce todo lo que sienten el huaso y el hombre de pueblo en esos imponderables problemas del sentimiento y del amor.

El parque en septiembre es el baluarte de la chilenidad. Allí se recuerdan las glorias de la patria al son de las vihuelas armoniosas, del vino tinto y la "caldúa" y de la infaltable cueca con zapateo y huifa con sus correspondientes pies y aros bien remojados en el generoso jugo de nuestras viñas.

Pasarán los años y caerán cortados por el tiempo muchos dieciochos de septiembre, pero la fiesta será la misma, la fiesta chilena bajo el sol que en este mes y en esta latitud aparece como un huaso que luciera un chamanto primaveral y eterno.

